

Ónega, Fernando:
Puedo prometer y prometo. Mis años con Adolfo Suárez
Ed. Plaza&Janés, Barcelona, 2013, 330 pp.

I

Esta es una obra en la que se recogen los recuerdos y opiniones de un gran periodista, como es Fernando Ónega, durante el período en el que trabajó con Adolfo Suárez, en su época de Presidente del Gobierno de España. Se suele decir que las cosas no son como fueron sino cómo se las recuerda. El fenómeno también se produce en este caso. Desde el primer momento, Ónega precisa que en el libro predomina el cariño del aldeano metido a escritor, como él mismo lo resume, con modestia. Estos rasgos no impiden que el resultado del trabajo sea sumamente ameno y enriquecedor para los lectores.

Por tanto, quien decida sumergirse en estas páginas no debe esperar la sesuda biografía o la clásica obra de historia de la Transición. Es algo diferente, que pretende recoger la experiencia vital de su autor, unida a sus reflexiones sobre un período tan relevante de la historia de España como es el comprendido entre los años 1976 a 1981, bajo la Presidencia de Suárez.

Por lo demás, conviene subrayar que el libro aborda esos años fascinantes y esperanzadores, que han sido consignados con la denominación de Transición. En la actualidad, este período es sometido a una severa crítica, en ocasiones, demoledora, entre otros motivos, porque se le atribuye buena parte de los males presentes de España. En particular, los que se refieren a la articulación territorial y la organización del Estado. Se olvida que cualquier obra humana, en particular, las políticas, debe ser actualizada, reformada y, en su caso, cambiada. La Transición sirvió para el objetivo fundamental de transformar España y superar la dictadura, para convertirse en una democracia europea y moderna. En nuestra historia nunca se ha vivido un período tan largo de paz, libertad y prosperidad. Este es un dato básico que, por sí mismo, debiera llevar a repensar, seriamente, antes de formular juicios por la incapacidad del modelo para resolver los problemas del presente. Han

* Letrado de las Cortes Generales.

transcurrido muchos años desde entonces. La responsabilidad de nuestros aciertos y males se debe, en gran medida, a quienes han ejercido los poderes públicos en España durante estas décadas.

En otro orden de consideraciones, el trabajo de Fernando Ónega pone de relieve que la transición ni fue el resultado de una planificación previa, de laboratorio, ni fue tampoco una mera improvisación de sus impulsores. Estaba claro el objetivo final: el establecimiento de un régimen democrático. El camino y las actuaciones no se encontraban en ningún manual. Así se demuestra cuando se repasan las reformas emprendidas por Suárez y los ritmos de las mismas. En esta trayectoria se hubo de hacer frente a avatares sobrevenidos, de índole muy diversa. El mérito de Adolfo Suárez consistió en ir sorteando estas circunstancias y adaptándose a ellas, para alcanzar la meta deseada, con unos costes asumibles para la sociedad española.

II

En primer lugar, Fernando Ónega se refiere a la designación de Suárez como Presidente del Gobierno por el Rey, en sustitución de Arias Navarro. Ciertamente, hay una coincidencia general al resaltar la sorpresa y las dudas que sembró esta opción. El contexto aconsejaba, desde luego, la sustitución de un Presidente que había comenzado su mandato con la célebre expresión de *“sin prisa, pero sin pausa”* y se había quedado tan solo en la primera parte de la expresión, con una parsimonia que amenazaba con descarrilar el impulso reformista. No obstante, la designación de Suárez resultó polémica por otras razones. En este sentido, se consideraba que era un político demasiado joven y que resultaría incapaz de abordar un proceso complejo hacia la democracia. Además, se estimaba que Suárez era una persona excesivamente significada con el régimen franquista. En efecto, había sido Gobernador Civil, Director General de RTVE y Ministro Secretario General del Movimiento. Ahora bien, los hechos demostraron que, como el propio Suárez afirmaba, él era en el momento de acceder a la Presidencia del Gobierno, un chusquero de la política que conocía a la perfección los entramados y las cocinas del poder político español, pese a su juventud. La formación práctica recibida le resultó de enorme utilidad para culminar este proceso.

Las críticas recibidas se podían sintetizar en el célebre artículo de Ricardo de la Cierva, titulado *“Qué error, qué inmenso error”*. Por cierto, que el autor del libro recuerda que Suárez no era una persona rencorosa y la mejor prueba de ello es el nombramiento del historiador citado como Ministro de Cultura años más tarde.

III

Interesa centrarse en la actuación de Adolfo Suárez como Presidente del Gobierno, para lograr que España se convirtiera en un Estado democrático.

En esta tarea no estuvo solo. Contó, en las palabras de Landelino Lavilla, con un Gobierno de personas entregadas, generosas, dedicadas, solventes, limpias, comprometidas con lo que había que hacer y que no creaban problemas. Estas cualidades habría que atribuirles a un amplio sector de las personas que se implicaron en la Transición desde otras esferas, en particular, la parlamentaria.

El interés del libro de Ónega radica en la perspectiva interna, que adopta para examinar hechos, que son de sobra conocidos. Se logra transmitir la sensación de estar ante un período trepidante de la historia de España. No es raro que el vértigo pudiera sobrevenir a los protagonistas de esta fase de nuestra historia. Se necesitaban enormes dosis de lucidez, coraje, templanza y patriotismo para seleccionar y emprender la larguísima serie de reformas, a abordar en un cortísimo período de tiempo, que el autor lo sitúa en once meses. No es necesario ahora abrumar con la larguísima relación de actuaciones, emprendidas entre el 30 de julio de 1976 y el 15 de junio de 1977. Nos limitamos a citar las más importantes: promulgación de la amnistía, fin de las estructuras sindicales, restablecimiento del régimen foral de Guipúzcoa y Vizcaya, aprobación de la Ley para la Reforma Política, supresión del Tribunal de Orden Público, legalización de partidos políticos, reforma de las relaciones laborales, elaboración de nuevas normas electorales, etc.

Aunque a veces se olvida, estas medidas no se adoptaron en un entorno político sencillo, aséptico y libre de interferencias, sino que los problemas económicos, sociales, nacionales e internacionales concurrentes dificultaron enormemente la gestión gubernamental.

En particular, conviene destacar que el terrorismo ejerció una terrible presión. La acción criminal de ETA parecía coordinada con la del GRAPO y la de la extrema derecha. Si el origen y la ideología de estas organizaciones era muy diverso, la coincidencia de objetivos era clara: lograr la desestabilización del proceso democrático e impedir el establecimiento de un régimen homologable con las demás democracias europeas. No lo consiguieron, pero dejaron mucho dolor y víctimas en el camino.

Para colmo, Suárez hubo de afrontar dificultades de origen interno. Fernando Ónega reseña algunas de ellas: la reconversión del personal al servicio del Movimiento, los medios de comunicación social del Estado, en la prensa, la radio, la televisión, las Fuerzas de Orden Público, el Ejército, la oposición de las Cortes Españolas y del Consejo Nacional del Movimiento, la reforma del entramado legislativo y la transformación de las estructuras sindicales verticales. Este conjunto de obstáculos resulta muy fácil de exponer en la actualidad, pero constituía un auténtico muro para el establecimiento de la democracia en España.

No es este el lugar para realizar un análisis de estas cuestiones. Nos vamos a limitar a apuntar lo que Fernando Ónega denomina como el permanente ruido de sables. Suárez gobernó con la amenaza permanente de un golpe de Estado. Es el único estamento al que no pudo poner en su sitio, según reconoce el propio Presidente. Existía un fuerte rechazo en las Fuerzas Armadas hacia una persona, que no tenía relación con ellas. Basta pensar el

peso que tenía esta institución entonces, que contaba con tres Ministerios en el Ejecutivo. Entre otros motivos, además, la cúpula militar censuraba la altanería y desenvoltura del hombre de Cebreros. El malestar permanente entre los militares partía del hecho de que se consideraban tutores del proceso democrático y de que eran garantes del régimen de Franco. Eran los vencedores de la Guerra Civil y no permitirían que los derrotados conquistaran el poder. Las tensiones principales se manifestaron, aparte de en los funerales por las víctimas terroristas, con motivo de la legalización del Partido Comunista el conocido como Sábado Santo Rojo de 1977, poco antes de las elecciones generales. Se consideró el hecho como una traición al compromiso anunciado por Suárez a los altos mandos del Ejército.

Al tratar estas cuestiones, el autor aporta interesantes datos de su experiencia personal dentro de la Presidencia del Gobierno de España en la época. Ahí radica una buena parte del interés de este trabajo.

En todo momento Suárez desplegó una enorme paciencia y capacidad de persuasión para convencer a los distintos interlocutores de la bondad de sus intenciones. Sin esas cualidades, difícilmente, hubieran podido conseguirse los objetivos democráticos pretendidos. De ahí que el método del Presidente Suárez se basó en la implicación, real o aparente, de los afectados en la adopción de decisiones. Mención especial merece el esfuerzo realizado para la aprobación de la Ley para la Reforma Política. Este texto constituía la voladura controlada del régimen del General Franco, al introducir contenidos incompatibles con el régimen franquista, como el principio de soberanía popular, el principio de separación de poderes o la inclusión de derechos fundamentales. A pesar de estos contenidos, Suárez logró el visto bueno del Consejo Nacional del Movimiento y de las Cortes Españolas, instituciones ambas que representaban la quintaesencia del franquismo. El prodigio queda para la historia, como expresión de la capacidad para lograr un auténtico suicidio político, el harakiri, término utilizado en la época, de la dictadura por sus servidores. Como anécdota, cabe citar, con Fernando Ónega, que el procedimiento utilizado en su fase de tramitación por las Cortes fue el de la Comisión de urgencia legislativa, para evitar la modificación de la iniciativa en las fases de Ponencia y Comisión.

IV

Una parte del libro de Ónega se dedica a las personas más influyentes en la trayectoria de Suárez como Presidente del Gobierno. Aquí mencionamos algunas de ellas. Ocupa un lugar relevante, el Rey Juan Carlos. Se le considera el motor del cambio. No obstante, quien suscribe estas líneas no puede compartir ese criterio. Es una expresión que se ha convertido en un tópico, que no se ajusta a la realidad. Siempre me ha parecido exagerado, por la sencilla razón de que si no hubiera motor no habría movimiento y la sociedad española de entonces estaba ya lo suficientemente decantada y movilizada en favor del establecimiento de una democracia. El propio Ónega

confirma esta misma circunstancia. Lo cierto es que Suárez y el Monarca sintonizaron a la perfección para sacar adelante la ardua tarea encomendada. Quizá solo al final de su mandato se debilitó el entendimiento entre ambos.

Otra de las personas que desempeñó un papel fundamental durante el mandato de Suárez fue Fernando Abril Martorell, su alter ego. Fue el gran negociador con Alfonso Guerra en la elaboración de las partes más complejas de la Constitución Española. Ónega proporciona hasta cinco versiones diferentes sobre las causas de la ruptura entre ambos, en la época del declive de Suárez.

Felipe González mantuvo unas relaciones complejas con Adolfo Suárez en su papel de principal partido de la oposición. Es interesante apreciar las presiones que ejerció Suárez para que el PSOE solicitara su legalización. El Presidente amenazó con la creación de otro Partido Socialista, probablemente, con Antonio García López, líder de una fuerza menor de este signo. Luego, Suárez amagó con la celebración de las elecciones democráticas sin la participación del PSOE pero, en cambio, contando con la presencia del Partido Comunista de España.

Landelino Lavilla y Gutiérrez Mellado, el primero en el ámbito jurídico, y el segundo en la política militar, desempeñaron también una importante tarea durante la Presidencia de Suárez.

V

El declive de Suárez se produce como consecuencia de la pérdida de apoyos. Ónega considera que el Presidente se desmoralizó al no sentirse querido por la ciudadanía. A nuestro juicio, habría que añadir, también, su agotamiento personal, después del esfuerzo ímprobo realizado durante todos estos años en frentes muy diversos. Sin duda, la desintegración de la UCD, el partido que le aupó a la victoria electoral en 1977 y en 1979, así como las conspiraciones internas, influyeron en su estado de ánimo. Además, las presiones militares y lo que él interpretó como la pérdida de apoyo del Rey aceleraron su decisión de dimitir. Con todo, su vocación política y de servicio se prorrogó con la fundación en 1982 del CDS. En 1991 presentó su dimisión como Presidente de esta formación y se alejó de la vida pública. Esta fase vital ya no es tratada por Ónega, quien mantuvo el contacto con Suárez hasta el fin de sus días. El resto es de sobra conocido.

En definitiva, el libro pone de relieve aspectos muy relevantes, algunos no suficientemente conocidos, del mandato del Presidente Suárez. Al mismo tiempo, contribuye a reforzar la admiración por su obra política formidable, sentimiento que se ve acrecentado con el transcurso del tiempo.